

EL PAPEL DE QUIMET

A la escuela de Quimet, un día, llegó un nuevo niño a clase. Quimet lo miraba extrañado: tenía el pelo negro y muy rizado, tenía la piel oscura, y sabía muchas cosas de los animales de la sabana.

- Es que Yondour vivía en África hasta hace pocas semanas - le dijeron las maestras.

El mismo día en que llegó, Quimet y él ya eran amigos, y aquellos días jugaron mucho a muñecas, animales, y también a pelota. Cuando estaban en clase, Quimet veía cómo Yondour lo miraba dibujar en su libreta. Siempre le decía que le gustaban mucho los pájaros y los frutos que dibujaba. Quimet estaba contento. Él siempre había dibujado mucho, y le gustaba mucho su libreta que ya tenía muchos pájaros, flores y hojas dibujadas. Cuando no le gustaba algún dibujo, arrugaba la hoja y la tiraba a la papelera.

Un día sucedió una cosa muy extraña: Quimet ya salía de la clase para ir a casa cuando vio cómo Yondour, muy disimuladamente, iba hasta su mesa y cogía la libreta donde él dibujaba tanto. Se la puso en el bolsillo y comenzó a andar hacia su casa. Quimet se enfadó mucho: "¿Me ha robado la libreta?", pensó. Y decidió seguir a Yondour hasta su casa sin que le viera.

Andando por el pueblo, sin que Yondour lo supiera, llegaron a su casa. Quimet vio cómo entraba adentro y él fue corriendo a la ventana de su habitación. Desde allí, vio cómo Yondour sacaba la libreta y la abría por una hoja en blanco. Dibujó un fruto parecido a una manzana pero más grande. Una vez acabado, puso la libreta en la pared, colgada como un cuadro. Entonces, se sentó en el suelo, debajo de la libreta. Se le veía muy contento.

Quien no estaba nada, pero nada contento, era Quimet. Decidió decirle cuatro cosas a aquel roba-libretas. ¡Qué se había pensado! Abrió enfadadísimo la puerta de su casa y fue a la habitación de Yondour. Yondour, al verle llegar, puso unos ojos como platos: "¡no te enfades!", le dijo, "deja que te lo explique". Quimet se sentó ante él y le pidió explicaciones.

Entonces Yondour comenzó a explicarle una de las historias más curiosas que nunca había oído Quimet:

"Yo vivía en mi pueblo, y conocía muy bien los árboles que había alrededor. Pero era amigo especialmente de un árbol, uno enorme, casi gigante, con el tronco más ancho que puedas imaginarte y con unas raíces como serpientes gigantes. ¡Sus frutos eran como aquel!", dijo Yondour señalando la libreta colgada de la pared. "Yo pasaba horas y horas jugando y descansando debajo del árbol. Mis abuelos me dijeron que cuando ellos nacieron, aquel árbol ya estaba allí, que era un árbol muy viejo".

"Un día llegaron al pueblo unas máquinas con grandes ruedas, y unas personas adentro que traían sierras y muchas herramientas para trabajar. Comenzaron a serrar árboles, y cuando llegaron delante de mi árbol se quedaron boquiabiertos al ver su inmensidad. Decían cosas de hacer muchas libretas con él, yo no lo entendía, y cuando fui aquella tarde a jugar a mi árbol me di cuenta que lo habían cortado y se lo llevaban al aserradero. Yo pensaba que a mi árbol no le gustaría que se lo llevaran de allí, donde había sido siempre.

"Estuve un día muy, muy triste. Pero cuando el sol ya se ponía en el horizonte, pensé que el árbol querría tener a su amigo cerca y decidí acompañarlo allá donde fuera.

"Como se lo habían llevado al aserradero, tuve una buena idea: cogí una sierra de mi casa y le dije: "hola" al jefe del aserradero, "buenos días, ¿no me conoces? Soy Maderato, el mejor carpintero del mundo". El jefe, al principio, no se lo creía, pero después pensó que si yo era tan bueno estaría muy bien que trabajara en su aserradero, ¡así él ganaría mucho dinero! y me dijo: "puedes trabajar aquí". Empecé a serrar con mi sierra, mientras miraba a ver si encontraba a mi árbol. Cuando lo vi, lo habían convertido ya en unas tablas de madera, y las subían a un camión. Yo pensé que a mi árbol no le gustaría estar sin hojas ni pájaros encima, y fui corriendo hacia mi casa. Cogí una gorra como la que usan los camioneros y me la puse. Después, corrí hacia el camión que ya estaba a punto de marchar y llamé a la puerta gritando: "¡camionero, eh, camionero!". Él sacó la cabeza con cara de sorpresa por la ventanilla. Me vio debajo, en el suelo, y me preguntó qué quería. "¿Cómo?", le dije yo, "¿no me conoces? Todo el mundo me conoce. Soy Motorito, el mejor camionero del mundo. El camionero al principio no se lo creía, pero después pensó que si yo era tan bueno estaría muy bien que trabajara en su camión, ¡así él ganaría mucho dinero! y me dijo: " puedes venir conmigo".

"El viaje fue muy, muy largo, ¡tuvimos que cruzar un desierto entero! Y muchos y muchos pueblos y ciudades, donde muchas personas iban arriba y abajo, haciendo sus cosas. El camión levantaba una polvareda enorme, casi tan grande como mi árbol. Yo iba pensando que él estaría contento de saber que yo iba con él.

"El camión llegó un día a una fábrica. Era muy grande, muy sucia, y olía fatal. Tenía unas chimeneas largas que llegaban muy alto, yo no sé si tocaban el cielo porque yo soy muy pequeño y subían mucho. Al principio me asusté mucho pensando que quemarían la madera de mi árbol, pero enseguida supe que era una fábrica de papel. ¿Tú sabías que el papel lo hacen a partir de los árboles? Ponen la madera en un gran cubo, y la trituran hasta hacerla polvo antes de ponerle agua y unos líquidos químicos. Entonces tuve otra idea.

"Me vestí con una bata blanca. Fui hasta el laboratorio y le dije al encargado: "¿no sabes quién soy? Soy Jaboneto, el mejor químico del mundo. Él al principio no se lo creía, pero después pensó que si yo era tan bueno estaría muy bien que trabajara en su laboratorio ¡así él ganaría mucho dinero! Me dijo: "puedes trabajar aquí, si quieres".

"Entré en la fábrica con mi bata blanca y enseguida vi mi árbol, cómo lo ponían dentro de un gran cubo. Una máquina lo golpeaba rompiéndolo en trocitos pequeños. Un chico me dijo: "coge la botella y vaciala en el cubo". Yo cogí una botella de vidrio en la que ponía "lignasa", y la vacié en el cubo en donde estaba mi árbol. Era un líquido con un olor muy fuerte, que enseguida empezó a deshacer la madera del árbol. Poco a poco, la madera se fue convirtiendo en un líquido blanco, pero muy espeso, una pasta blanca. Por un grifo que había en el fondo del cubo salía agua muy y muy sucia, que caía por una reja y salía de la fábrica hacia el río. Me acerqué a la orilla del río y vi peces con muy mala cara. Les dolía mucho la barriga, por culpa del agua sucia que la fábrica vertía. Un pez vomitaba de tanto daño que le hacía la barriga. "Nos están contaminando con esta agua tan sucia", me dijo. Yo pensaba que al árbol no le gustaría que con su madera ensuciaran el río. Pero entonces vi que salía humo de las chimeneas de la fábrica, y también el aire se contaminaba. ¡Seguro que a mi árbol no le gustaba que molestaran a los pájaros! Los pájaros eran sus amigos, y siempre les dejaba ponerse sobre de sus ramas.

"Cuando volví a entrar en la fábrica, vi cómo ponían la pasta blanca en que habían convertido a mi amigo dentro de una máquina que hacía mucho ruido, y al cabo de un rato... ¿sabéis qué? ¡Fueron saliendo unas hojas blancas! La gente que trabajaba en la fábrica las recortaba y hacía libretas. ¡Esta libreta que hoy te he cogido en clase es mi árbol!".

Quimet tenía cara de sorpresa; no se lo podía creer, y le preguntó cómo era que había llegado a su pueblo.

"Las libretas las cargan en unas camionetas que llevan todo lo que hace la fábrica a las tiendas. Yo estaba en la puerta de una de estas tiendas cuando entraste un día y compraste la libreta. Vi cómo ibas a la escuela, y decidí apuntarme a la escuela y estar así cerca de mi árbol. Me gustó mucho ver cómo dibujabas frutos y flores, hojas y pájaros, ¿sabes? Porque a mi árbol le gustaba mucho tenerlos encima, y desde que aquellas personas lo cortaron, no había podido disfrutar de los colores y olores de los pájaros y frutos. Pero cuando tú empezaste a dibujarlos... ¡seguro que se puso muy contento!".

Pero Quimet le dijo a Yondour: "¿y por qué que me has robado la libreta?".

Yondour le explicó que en clase veía que cuando Quimet hacía un dibujo que no le gustaba, arrugaba la hoja y la tiraba a la papelera. Seguramente el árbol se pondría muy triste si lo tiraban a la papelera, y pensó que cogería la libreta y dibujaría un fruto como los que el árbol hacía. Tenía ganas de sentarse como antes debajo de su árbol, y por eso lo colgó en la pared y se puso a descansar.

Quimet dijo a Yondour que había tirado una hoja a la papelera porque había dibujado un pajarito demasiado pequeño. ¡Pero seguramente al árbol le gustaría tenerlo! Tenían que recuperar aquella hoja que había tirado a la papelera. "Pero ahora es de noche!", le dijo Yondour "¿cómo podremos encontrarlo?".

- ¿No tienes unas linternas en casa? - dijo Quimet, y dicho y hecho, los dos niños cogieron las linternas y fueron a la escuela. La noche era oscura.

Cuando llegaron a la escuela vieron que la puerta estaba cerrada, y ¡tuvieron que saltar por encima! Un poco más y se les rompe una de las linternas. Con mucho silencio comenzaron a andar por los pasillos, subieron las escaleras y llegaron a la puerta de la clase.

No había ninguna luz aparte de sus linternas. Abrieron la puerta con mucho cuidado. La puerta hacía un ruido: ""¡gññññiiieec!". Yondour y Quimet, con algo de miedo, se acercaron a la mesa de la maestra. Debajo estaba la papelera donde Quimet había tirado el dibujo que no le había gustado. Y adentro de la papelera... ¿sabéis qué había?

¡Nada! Estaba vacía. ¿Dónde estaba el papel? ¡Ya se habían llevado la basura! Yondour y Quimet oyeron ¡y el ruido de un motor de camión. ¡El camión de la basura! "¡Se llevarán el papel!" gritó Quimet. Los dos corrieron como nunca habían corrido hasta llegar afuera de la escuela, donde el camión de la basura, que siempre pasa por la noche, ya había cargado los desechos y estaba a punto de marchar. Los dos niños, con muchísima suerte, pudieron subir encima del camión que se fue calles abajo.

Los niños vieron cómo el camión iba recogiendo la basura de toda la ciudad y al final tiró hacia las afueras. Por un camino se acercó a una especie de fábrica que sacaba mucho humo. Era muy grande, y aunque casi no se veía porque la noche era muy oscura, vieron cómo ponían la basura en un agujero muy grande. "¡El papel!" pensaron los dos niños. Pero ya no lo podían coger porque la basura comenzó a calentarse y calentarse, hasta que se encendió y se quemó con una gran llamarada.

- Es una incineradora de basura - explicó Quimet - aquí cualquiera basura se quema y se convierte en humo que ensucia el aire.

- Seguro que a mi árbol no le gustaría irse quemando hoja a hoja - dijo Yondour.

En silencio, y algo tristes, volvieron a casa de Yondour. Yondour estaba cansado y se puso a dormir. Quimet, sin embargo, no podía dormir. Cogió la libreta y se sentó en el suelo.

Pensaba mucho en aquella historia. Miró la libreta y tuvo ganas de ponerse a pintar. Cogió un lápiz de color verde. Quería hacer una isla en medio del mar. Pero, ¿sabéis qué? No le salió una isla. Misteriosamente, no pudo dibujar una isla. Sin saber cómo, ¡había dibujado unas hojas!

Muy extrañado, cogió el color marrón y quiso dibujar un perro. Y, ¿sabéis qué? ¡No pudo dibujar un perro! Sin saber cómo, ¡dibujó el tronco de un árbol!

Esto no le había pasado nunca. Cuando él quería hacer un dibujo, siempre le había salido bien. Como mucho le podía salir un círculo algo cuadrado, o una línea algo torcida... pero no sabía por qué, aquella noche cuando dibujaba salían dibujos que él no había pensado. Muy sorprendido, con los ojos cada vez más grandes, estuvo dibujando un rato con diferentes colores.

Yondour se despertó, y fue a ver qué dibujaba Quimet. De pronto, cogió la libreta y se puso a gritar y a bailar: "¡mi árbol, mi árbol!". ¡Quimet no se lo podía creer!

- ¿Cómo has podido dibujar tan bien mi árbol? ¡Si tú no lo has visto nunca! - preguntó Yondour.

- No lo sé, de verdad,... han sido los lápices solos, ¡yo no lo he hecho!

Quimet cogió pinceles y pinturas y en otra hoja comenzó a hacer otro dibujo. Y ¿sabéis qué? Volvió a pasar lo mismo. No podía dibujar lo que quería, sino que volvió a dibujar el árbol de Yondour. ¡Qué misterio!

Quimet y Yondour pensaron que los pinceles estaban encantados, como los lápices. Pero de pronto, oyeron: "¡Yondour! ¡Quimet!" una vocecita muy bajita que los gritaba desde algún lugar. Ellos no se lo podían creer, ¡si estaban solos en la casa! Movieron los muebles, miraron fuera de la habitación, pero la vocecita continuaba gritando: "¡Yondour! ¡Quimet!". ¿Sabéis de dónde salía la vocecita?

¡Exacto! ¡De la libreta! Los dos niños pusieron el oído junto a la libreta y oyeron que el árbol, transformado en libreta, les hablaba. ¡Imaginaos! Comenzaron a bailar de alegría con la libreta, pero la voz era tan bajita que casi no la oían. Yondour dijo a Quimet que dibujara para saber qué decía el árbol. Quimet se puso a dibujar y así pudieron hablar con el árbol.

- ¿Qué podemos hacer para que no te quemen, árbol? - preguntó Quimet.

En la libreta, de la mano de Quimet, comenzaron a dibujarse unas hojas de color oscuro. "¿Qué es esto?", preguntaron los dos. Poco a poco fueron apareciendo más dibujos. El árbol ayudó a Quimet a dibujar primero un árbol cortado y un niño con rizos en la cabeza.

- ¡Este soy yo! - gritó Yondour.

Después apareció un camión cargado de troncos. Más adelante, el aserradero. Después, una casa grande y fea.

- ¡Es la fábrica de papel! - dijo Yondour.

Quimet continuó dibujando ayudado por el árbol. Dibujó el líquido que Yondour había tirado en el gran cubo y el grifo de la fábrica que vertía agua sucia al río. Y al pececito vomitando. También dibujó el humo de las chimeneas. Junto a todo esto, una hoja de papel fabricado en la máquina que ponía una cara muy triste viendo el humo y el río contaminado.

- Me parece que el árbol está triste porque cuando se fabrica papel se ensucian el aire y el agua - dijo Quimet.

Después Quimet dibujó la libreta y a Yondour y Quimet jugando y dibujando hojas y pájaros. Pero ¿sabéis qué? En vez de dibujar la papelera, el camión de basura y la incineradora que quemaba todos los desechos, Quimet y el árbol dibujaron un contenedor de color azul, y un niño que tiraba dentro un papel que había escrito por delante y por detrás. Lo había aprovechado todo, todo, y cuando ya no podía aprovecharlo más, había ido hasta un contenedor azul y tiraba el papel adentro.

- ¿Por qué quiere que lo tiremos a un contenedor azul? - se preguntaron los dos niños.

Quimet hizo los últimos dibujos: un camión que recogía los papeles del contenedor azul, los llevaba a una fabriquita pequeña en la que ponían los papeles en agua y... ¿Sabéis qué hacían? ¡Volvían a hacer papel! Hacían papel reciclado. Con el papel viejo, la máquina hacía nuevas hojas de papel y nuevas libretas. Las hojas recicladas eran más oscuras que las que salen de los árboles, pero los dibujos salían igualmente bonitos.

Los dos niños se pusieron muy contentos. "El árbol dice que si reciclamos los papeles, volveremos a poder dibujar pájaros y flores y hojas!", decía Quimet. "¡Y así no cortarán más árboles como él!", dijo Yondour. Quimet, de pronto, hizo un último dibujo. Era un pez y un pájaro, y estaban muy contentos.

- ¿Quiénes son estos - preguntó Quimet-, amigos suyos?.

- No - respondió Yondour - son los pescados del río y los pájaros del aire que están contentos porque si dejan de hacer papel a partir de la madera de los árboles, no ensuciarán los ríos ni el cielo.

Estaban tan contentos que decidieron volver a la escuela al día siguiente y explicar este cuento a todas las niñas y niños de la escuela. Cuando lo escucharon, las maestras decidieron que a partir de aquél día comprarían sólo papel reciclado y tirarían los papeles al contenedor azul para que los reciclaran.

Y he aquí un niño, y un papel reciclado, este cuento ya se ha acabado.